

CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

IDEAS SOBRE EL PROGRESO

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 57, 1980

Ideas sobre el progreso

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. CARLOS RUIZ DEL CASTILLO (*)

En la Academia se ha venido glosando durante el curso actual distintos aspectos que el progreso ofrece, y ha sido emprendido así un trabajo de iluminación del tema, que con carácter indicativo, según nuestra costumbre corporativa, le fue propuesto. Ya al final del curso, pero sin ánimo de recopilación ni de síntesis, sino consumiendo un turno en el desfile de ideas que el tema ha suscitado, trataré de aportar brevemente algunas, que, por una parte, han nacido al filo de sugerencias suscitadas por los ponentes o expositores que han intervenido, y, por otra, han emanado de la meditación sobre el tema en sí considerado, tema en verdad inagotable porque se extiende por todo el ámbito del pensamiento y de la realidad. Pero me interesa advertir que más que a ofrecer una trabazón de ideas, mi aportación ha de limitarse a bosquejar un panorama de consideraciones como puntos de vista que requerirían una maduración reflexiva.

1. EL PROGRESO COMO CARACTERÍSTICA DE LA ESPECIE HUMANA

El progreso es signo peculiar del hombre, carácter constitutivo de su actividad. Se manifiesta en la esfera del conocimiento, crece hacia

(*) Disertación en Junta de 20 de mayo de 1980.

dentro mediante la reflexión y hacia fuera mediante la expansión aplicativa de las ideas. Requiere un saber de sí y en sí, en la potencialidad y en la acción, un conocimiento sobre sí y sobre las cosas. Primordialmente es un hecho de conciencia, porque sólo el hombre progresa sabiendo que progresa, y constituye así el progreso una aspiración consciente. Comparte con los otros seres la finitud, como comparte el destino final de la muerte o del acabamiento, pero sólo él sabe prolongarse en las obras a la vez que es el único ser que sabe que tiene que morir. Gracias a la obra consciente, la muerte se llena de vida, porque se llena de sentido. El progreso es de este modo la imagen con que la trascendencia se refleja en la temporalidad de la existencia. La vida, jalonada por etapas en las que se cumplen fines conscientes, es una sucesión de metas señaladas por tendencias constitutivas de aspiraciones y determinantes de movimientos que la inteligencia señala y la voluntad cumple.

Cabe así considerar el progreso como un hecho moral en virtud de que está referido a un sujeto moral o emana de éste (aquí radica la diferencia entre lo técnico y lo humanístico) y entraña realizaciones siempre impregnadas de esta esencia.

Es fácilmente identificable tal carácter en la libertad que realiza las obras conscientes, pero es, por lo demás, cierto que el progreso tiene como sujeto a una especie que se ha fijado en determinados caracteres y encuentra el predicado de su actividad en el despliegue de esos mismos caracteres que son constitutivos de un *nec varietur*. Por lo menos, en las obras que han llegado a nuestro conocimiento se identifica esta condición. La superación del instinto o la utilización consciente de éste ofrece el elenco de las actividades que son exclusivas del hombre. Lo que realmente e inequívocamente evoluciona en el hombre, mediante un aumento de actividades, es el repertorio de las necesidades, que en el animal se dan estancadas. Gracias a la proliferación de ellas, el hombre es un ser abierto hacia los otros seres y hacia las cosas, mientras el animal permanece encerrado en los límites de necesidades tasadas. Y es también característica de la actividad humana proyectarse en la creación de fines equipados con los medios congruentes para cumplirlos.

Por todo ello, la idea del progreso no puede aplicarse a la Naturaleza sin indispensables precisiones. La Naturaleza puede experimentar el desarrollo evolutivo, pero no progresa. Su embellecimiento y los aumentos de fertilidad de las tierras son obra de la iniciativa

y del trabajo humanos. El hombre es siempre el agente de las transformaciones del medio y el que dota de sentido al paisaje inerte, en este caso suscitando la contemplación, vertida, a la vez, sobre la vida interior reflexiva. Situado en la Naturaleza, la utiliza en la rica variedad de los elementos que la constituyen, y es el conocimiento de éstos y de sus leyes lo que permite utilizarlos dotándolos de valor y de sentido.

2. EL ORDEN NATURAL COMO PROCESO. EL FINALISMO COMO CARACTER DE TODA ESPECIE DE ORDEN

La Naturaleza revela la idea de proceso, no la de progreso, que es exclusiva de la condición humana.

El concepto de proceso está relacionado estrechamente con el de evolución, factor éste de orden natural, y sólo en sentido traslaticio, de orden humano.

En el Cosmos, la marcha evolutiva produce, según la ley formulada por Spencer, el tránsito de lo homogéneo e incoherente a lo heterogéneo y coherente. La unidad inforem y dispersa del caos va trocándose durante el movimiento en orden organizado o en pluralidad integrada. Lo que esta ley no explica es la ensambladura de los elementos que constituyen sistema, ni la unidad del proceso, ni la dirección del movimiento ni la de su intrínseca coherencia.

La expresada coherencia afecta a cada elemento considerado en sí mismo y a la dirección también de cada uno de ellos para concurrir a la integración del sistema. O lo que es lo mismo, hay una finalidad dual: la que cumplen los diversos elementos para cooperar a las funciones diversas del proceso y la del proceso mismo para el cumplimiento de un fin conjunto.

Todo ello revela la existencia de una dirección intencional que no puede radicar en elementos meramente materiales, sino que implica la existencia de un polo de atracción hacia el cual conspiran las diversas actividades del sistema y el propio acoplamiento de éste.

Las específicas diferencias que caracterizan al orden natural y al de las actividades conscientes hacen posible así algún modo de rela-

ción entre algunos elementos de uno y otro. Estas posibilidades, al mismo tiempo que las incertidumbres, se asocian, quizá también, al giro de la Física actual, cuando cree poder advertir con Heisenberg la existencia de partículas libres en la constitución de la materia, quebrando así en ésta el omnímodo determinismo. Surge una problemática que suscita nuevas explicaciones. ¿Cabría pensar que el orden material y el orden moral conciertan algún género de influencia recíproca, aunque nunca se llegue a una homologación que entrañaría desconocimiento de la diversidad de cada una? En esta perspectiva, el destino del Cosmos y el propio destino humano acreditarían grados de ennoblecimiento propicios a un destino subliminal, que Teilhard de Chardin ha simbolizado en el hipotético punto Omega.

A esta luz cabría contemplar una imagen en la que se asociaran, por la atracción del finalismo, influencias cósmicas y elementos de vida moral en un destino común de la Naturaleza y de la vida en la totalidad, en la jerarquía y en el perfeccionamiento de sus fines.

No cabe ocultar que en esta línea el razonamiento teleológico ha de afrontar la impugnación que alega la inmanencia de los fines en un acoplamiento sistemático, al cual se adaptaría, sin otras posibilidades que las de la propia coexistencia, la especie humana y todas las especies vivas. Cualquier orden sería *natural* y apto para producir una relación de coherencias variadas, pero constantes, como las que pudieran existir en diversos planetas habitados. De este modo el azar, y no la intencionalidad, aparece como creador del orden, soldado siempre a un propio destino inmanente. Todo orden tendría su propia valencia en un constelación plurivalente de órdenes. Pero frente a las determinaciones del azar se erige la preferencia por la creación consciente. En este sentido, y prescindiendo de la ocasionalidad que pudo justificar la frase, hay que recordar que Einstein decía que Dios no jugaba a los dados. El orden causal es, desde cualquier punto de mira que se lo considere, más explicable que el orden casual. La misma regulación del movimiento acredita un fin de conservación que sólo es razonable cuando se le asimila a una creación continuada.

3. EL PROGRESO COMO EJERCICIO DE LA ACTIVIDAD HUMANA

En el orden humano, el progreso es un movimiento consciente hacia un fin deseado que produce una mejora. La dirección del progreso supone una marcha en altitud. El mero crecimiento suministra tan sólo el cambio o la mudanza; equivale, en el orden material, a variar de posición; en el orden moral, a variar de pensamiento o de creencia. Pero la marcha, sin otra precisión, puede ser progresiva o regresiva, de avance o retroceso. Y tampoco es suficiente asociar la idea de movimiento a la de una dirección fija, porque también esta última puede conducir a una meta que no suponga mejora computable en acrecentamiento y calidad de cualquier forma de existencia.

La idea de progreso entraña no sólo un movimiento en cualquier dirección, sino la realización de un valor que ha de estar arraigado en el ascenso de las aspiraciones humanas hacia la perfección. Como éstas se renuevan incesantemente, el progreso ha ido asociado a una actividad constante, la cual no es lo mismo que progreso indefinido logrado por un movimiento unilinear, según la concepción nacida en el umbral de la Revolución Francesa y que adquiere carta de naturaleza a partir del siglo XVIII con Condorcet.

Queda mencionada la cuestión del retroceso. Además, en los avances existen perturbaciones motivadas por interferencias, como las que se vinculan al cambio de métodos y de objetivos, o al cruce de influencias extrañas al propósito inicial. Entonces la continuidad se altera o se interrumpe.

La marcha, toda marcha, está amenazada por las posibilidades de extravío, y en todo movimiento, sea mecánico, sea intencional, existe el riesgo de fracaso con la paralización o el hundimiento. La quiebra de un negocio es comparable, al producirse este último riesgo, a un trastorno geológico.

Y ya que aludimos, a título comparativo y anecdótico, a la Geología, sea permitido intercalar la observación de que el progreso no puede valorarse sino en hechos conocidos y mensurables. Han podido existir progresos en edades cuyas huellas históricas se han perdido. Con su noticia se han perdido también, al ser soterradas, el sedimento de sus creaciones, percederas asimismo en el recuerdo. El

progreso supone, cuando ya no es vivencia, acumulación registrada por la memoria de los hechos, que de este modo se incorporan al transcurrir.

La representación gráfica de Vico, según la cual el progreso no es una marcha en línea recta, sino que adopta forma de espiral, es realista en cuanto expresa un movimiento que en los "corsi" y los "ricorsi" desarrolla movimientos largos y alternativos, se rectifica a sí mismo, vuelve hacia sí, pero no de modo estricto, sino aproximado, y por eso no se identifica ya nunca con el punto de partida. En esta sucesión de altibajos se forja la experiencia histórica.

La relación humana con la Naturaleza ofrece la fusión de la sumisión y del dominio. Es sabido que el hombre domina la Naturaleza sometién dose a ella. El esfuerzo que el trabajo aplica al desarrollarse sobre el medio es transformador de éste y marca la diferencia que existe entre el poder arbitrario y caprichoso y la adaptación activa, en la que colaboran la Naturaleza y el hombre. La resistencia de las cosas es la condición que éstas contienen para ser utilizadas. Pero los elementos de la resistencia poseen una limitación flexible que se extiende o se contrae por la acción exterior del trabajo humano.

4. EL PROGRESO Y LOS PROGRESOS. LOS ORDENES DE PROGRESIVIDAD

El progreso aplicativo posee, en primer término, una abertura angular que dimana de la doble posición del hombre: frente a la Naturaleza y frente a la sociedad. En el desenvolvimiento de la acción, ambos órdenes se combinan e interpenetran en un común enriquecimiento, pero durante un período pueden no ser afectados por un ritmo parejo. Unamuno decía que el alma del hombre podía caminar en carreta mientras su cuerpo viajaba en automóvil (hoy se inspiraría el símil en la velocidad de un avión supersónico). Siempre aparecen en este tipo de consideraciones la dualidad entre el progreso técnico y el estricto progreso humano.

La formación, ya formulada, de que nunca se progresa en todas las direcciones a la vez y de una manera conjunta es aplicable a la heterogeneidad de las actividades humanas, limitadas en su aplicación a diversos campos y enfilando diversas expectativas.

Así, con referencia a los objetivos de un mismo orden —ahora el del progreso humanístico, prescindiendo del tecnológico— se observa, por ejemplo, que el progreso literario contrasta muchas veces con la escasa actividad científica, y viceversa. La culminación intelectual en una dirección determinada coincide, a veces, con la iniciación de la decadencia política: sirva de ejemplo el Siglo de Oro español. La pluralidad de vocaciones y de aptitudes no alcanza, a lo largo de algunos períodos, niveles simultáneos, y éste es otro signo de las limitaciones del progreso, inherentes a la limitación humana, que dificulta volcar de una vez el esfuerzo sobre el conjunto, tan variado y espaciado, de las necesidades. Condición del esfuerzo humano es la fatiga, superada sólo por el heroísmo. Se explica de este modo que el protagonismo histórico que asumen los pueblos conductores desfallezca y se eclipse, bien entregando la antorcha a otras manos, bien siendo arrebatada por éstas en el fragor de los combates que señalan los tránsitos.

En el desarrollo del conocimiento resulta sorprendente lo que expresaba, en 1932, nuestro inolvidable García Morente al ingresar, leyendo su discurso de recepción, en esta Academia. Consideraba nada menos que “los progresos de la técnica físico-química han dado ya de sí todo lo que tenían que dar” y que ahora correspondía el turno a las ciencias biológicas y a las Morales y Políticas. Pero, sin entrar en el análisis que ahora sería impropio del tema, hay que retener las ideas de alternativa y de sucesión, no exentas de contradicciones, en las obras del progreso. Acaso los conocimientos separados en naturaleza y en grado se encuentren dialécticamente en el umbral de una integración necesaria.

En la historia del pensamiento social esta integración se presenta en el juego de las edades “orgánicas” y “críticas” expuesto por Augusto Comte, aunque en su sistema este juego se refiera tan sólo a los factores de alternativa y no al orden integrado de la progresividad. Más adecuada aparece la idea de marcha —frente a la de alternativa— en el esquema, que el mismo Comte traza, de la sucesión de edades en el progreso humano: la teológica, la metafísica y la positiva. Pero este esquema requiere rectificaciones esenciales en la medida en que establece una compartimentación de actividades y no una acumulación de la experiencia espiritual.

Es en la utilización selectiva de los rasgos positivos que todas esas edades ofrecen donde se forja un orden de progresión. Y así

Luis Weber propuso, como sustitución de la ley tripartita de las edades comtianas, la “ley de los dos estados”: “la de la actividad técnica y la de la actividad ideológica o de reflexión”, pero afirmando a la vez “su estado actual de combinación íntima, que no permite aislarlas en el estado puro” (*Le rythme du progrès*, París, 1913).

Cuando Pascal vinculaba la idea del progreso a la de una síntesis de la experiencia secular o milenaria de la obra humana no se refería tanto al orden cronológico del acontecer como al orden histórico de una transmisión de legado que se entrega y se enriquece en el tránsito de las generaciones, o sea, una tradición que por su sentido etimológico de entrega (de *traditio*) comporta un Orden en marcha. Tradición y progreso no se balancean en la alternativa, sino que constituyen el inescindible proceso de las continuidades, según vieja fórmula inspirada en Proudhon. La divisa del mismo Augusto Comte prendía en el binomio “Orden y Progreso”.

El sentido de la sucesión o del transcurrir, esencia de la Historia, llevó a Pascal a considerar a la Humanidad no como un conjunto mental y heteróclito de hombres, sino como un Hombre grande que vive siempre en el tiempo y aprende cada día, y su consideración de la Historia como legado o depósito que se transmite le inspiró en el orden de la formulación religiosa la concepción de un progreso que enraiza en una tradición. El progreso de la idea religiosa lo enuncia en un tránsito asumido: el tránsito de la Ley de Moisés a la Ley de Cristo. Esto significa la asunción esencial del Antiguo Testamento por el Nuevo y la transformación del “pueblo elegido” en el “Pueblo de Dios” universal: tal es el significado de la versión que proclama, con San Pablo, la abolición de las discriminaciones entre griego y judío y el advenimiento, así, de un ecumenismo operativo en la constitución de un *Corpus mysticum*.

De Pascal es también la definición del canal como “camino que anda”. No se trata aquí de “hacer camino al andar”, como en el tan repetido verso de Antonio Machado, pues es el camino mismo el agente de su propio movimiento al estar dotado de facultad locomotriz. Los hechos se apoyan en sí mismos para engendrar otros. De este modo la tradición equivale a la fluencia. Recordemos la “evolution créatrice” de Bergson.

5. EL MUTACIONISMO EN EL PROGRESO

Es propio de los seres vivos caminar con uniformidad rítmica, pero muchas especies poseen la alternativa de andar al paso o de andar a saltos; otras avanzan arrastrándose. El avance continuo mediante el salto es facultad de algunas especies.

La imagen normal del progreso humano la suministra más bien el andar rítmico, en oposición a la parálisis y a la contorsión epiléptica. Pero no cabe olvidar que en el contexto histórico se registran también situaciones producidas por “saltos de tigre”, efectuados los cuales el movimiento recobra el ritmo habitual y sedimenta el impulso inicial. Si la naturaleza material a veces “facit saltus”, más frecuentemente se da el salto en los procesos humanos que están intervenidos por la libertad. Queda aquí reservada la cuestión referente a si las calidades del progreso son debidas a los movimientos bruscos de la mutación o a una simple aceleración del ritmo en circunstancias que cabría comparar con los momentos en que el tranquilo caminante imprime a la andadura velocidad de corredor, la cual no equivale al salto del gimnasta circense, ya que el primero se mueve apoyándose en la tierra, mientras el segundo ejercita sus movimientos en el aire.

Ocurre aludir en el dinamismo de este juego de conceptos a la idea hegeliana del tránsito de la cantidad a la calidad. ¿Cuándo y cómo la mera acumulación de cantidades o la aceleración de movimientos produce un cambio cualitativo, que entrañe una esencial transformación?

En el progreso humano y social a que se refieren las conexiones, o mejor, los escarceos de esta intervención académica, podrían ser consideradas las Revoluciones de tipo histórico, no los simples motines, como portadoras de cambios cualitativos obtenidos por mutación, pero también los movimientos evolutivos, distintos de los exclusivamente pendulares o alternativos, desarrollan a la larga, y en proporción al recorrido que los va alejando del punto de partida, variaciones de orden esencial.

Cuando el progreso no se realiza por saltos de mutación hay circunstancias propicias a la intervención, con especial intensidad, de los factores imitativos. Pertenecen éstos, según Gabriel Tarde, a una doble ley: la de la imitación-costumbre y la de la imitación-moda.

Dualidad que bien puede responder a otra con la que Maurice Hauriou ha señalado el desenvolvimiento histórico mediante la alternativa de “edades de costumbre” y “edades de discusión”, en semejanza con las “edades orgánicas” y las “edades críticas” de Comte. Creemos que más que a una dicotomía de términos opuestos, la formulación de la ley de Tarde responde a dos tiempos de velocidades. La “edad de la costumbre” tiene también su ritmo de progreso; no es totalmente estática, sino que contiene elementos imitativos de los antepasados, pero también el impulso de una sucesión que enriquece y regula el aprovechamiento de lo que se recibe y se transmite en virtud del lento movimiento de la tradición.

La imitación experimenta fracturas en la sucesión generacional cuando se muestra ésta singularmente beligerante y, a causa de diversos desajustes que aquí no es dable estudiar, reacciona contra lo inmediato anterior. Varias veces se ha llamado la atención sobre esta tendencia de cada generación al descontento que pugna con el modelo de la generación que la precede. Pero también esta reacción engendra otra; cabría decir, con redundancia, que es en sí misma reactiva porque sabe reaccionar a su vez contra los propios movimientos pasionales y primarios que la engendraron y conoce la laxitud de la propia rebeldía. No es raro que la rectificación no proceda del arrepentimiento, sino del desencanto que registra el fracaso de los logros y la frustración de los móviles. No siempre se destruye para construir de nueva planta. A veces se retorna (de otro modo, porque en la Historia no hay simples repeticiones, sino renacimientos) y se pone la mirada en luminarias que encendieron los antepasados. La generación en estos casos parece que lucha contra sus padres situándose junto a los abuelos. Este pregón no se ha lanzado en balde y es susceptible de confrontación histórica.

En las épocas de aceleración, como la que nos toca vivir, la afluencia no se remansa en la estabilidad, sino que adquiere carácter torrencial. De aquí procede la fugacidad de los movimientos intelectuales en virtud del desgaste rápido de las ideas. Se rechaza la influencia de las ideas-madres y frecuentemente se reemplazan las ideas que responden a la fugacidad de las modas por las sensaciones que traducen lo ocasional revestido de lo arbitrario.

El culto a la fugacidad tiene su imagen en la preferencia otorgada al periodismo que calca lo cotidiano y rara vez logra permanencia. También es de considerar que el culto a la fugacidad se ha con-

trarrastado en nuestros días por la admisión en el periodismo de un pensamiento dotado de densidad que ha engendrado el “periodismo de ideas”, y no es así raro que libros que han alcanzado el honor del protagonismo intelectual se hayan formado en el ejercicio y publicidad de la prensa periódica.

Hay que reconocer los síntomas que, junto al contraste (con frecuencia enfrentamiento) de las generaciones, existen en el fenómeno, bien observado por Ortega y Gasset, que muestra y utiliza la existencia de “generaciones solapadas”, sagaz expresión de la coexistencia de dos generaciones que comparten un mismo espacio y tiempo vitales. Se asiste al espectáculo de una diarquía histórica y el contraste se establece, pero mitigado, en los modos de participación en la tarea social, a la vez que se combinan en la negociación la resistencia del pasado y el impulso de lo nuevo.

La imitación-moda significa, insistiendo en lo apuntado, la rapidez de una asimilación y la fugacidad de un establecimiento. Su propia contextura contiene un latido, y no una corriente, del tiempo: un momento, que es la actualidad que se desvanece al ser aprehendida. En la misma rapidez de sus movimientos, la imitación-moda es pregonera de los cambios acarreados, en su advenimiento y en su aparición, por el descontento y el hastío que inevitablemente sigue a la satisfacción del capricho: capricho que se autojustifica desprendido de toda ley y de toda tendencia hacia la duración.

Junto a estas comprobaciones hay que considerar la rapidez con que las variaciones actúan en el proceso social. Por una parte, el espíritu crítico, disolvente de la fuerza ancestral de la costumbre, acaba devorando, como el estómago hambriento, sus propios jugos. La anarquía intelectual y moral, ambas concomitantes, que como consecuencia se deriva del cambio incesante, suscita los impulsos reactivos del autoritarismo.

Por otra parte, el progreso en su aspecto tecnológico desborda el cumplimiento de sus fines originarios y cambia el rumbo de sus aplicaciones en consonancia con exigencias que no actúan sobre el propio campo de la técnica, sino que afectan a la orientación socio-económica y política. Se producen adaptaciones en el ámbito de la actividad laboral y profesional (sirva de ejemplo trivial la adaptación del conductor de vehículos de tracción animal a la conducción de vehículos motorizados cuando adviene el automóvil), y los mismos

utensilios del progreso material son dedicados en las guerras modernas a empresas de destrucción que acaban por destruirlos a su vez. Y, sin embargo, también se sabe de qué modo la guerra estimula la inventiva, lo mismo que las epidemias multiplican el esfuerzo para inquirir las curaciones. En síntesis, siempre es cierto que los progresos de orden técnico requieren para su propia conservación y desarrollo y para el cumplimiento de su destino la inspiración de las ideas morales en relación de ambivalencia con los fines sociales. Fuera de estas coordenadas, el mayor progreso engendra los mayores peligros. Es de mencionar a este propósito la problemática planteada tras el descubrimiento de la energía nuclear con su inmediata aplicación a los ingenios atómicos. Inversamente, y en dependencia de finalidades que exceden la neutralidad de la técnica, se producen campañas que lanzan como “slogan” de la transmutación del empleo del descubrimiento el pregón enaltecido de los “átomos para la paz”.

Se riza el rizo en estas comprobaciones cuando se observa que el progreso se autodestruye con sus propios inventos e instrumentos o cuando de él derivan los elementos negativos de su desarrollo. Obsérvese los problemas creados por la dificultad de destruir los residuos radiactivos, el envenenamiento de las aguas por las materias de desperdicio industrial, el de la contaminación atmosférica, etcétera. No es, ciertamente, la creencia spenceriana que pretendía avizorar la sucesión de la Sociedad guerrera por la Sociedad industrial la que se ha realizado ofreciendo los bienes de un progreso portador de paz y bienestar.

El destino social de la inventiva ha transformado el orden de las relaciones humanas, siempre mediante el contraste de resultados. Ha sido frecuente que un invento suscite la adaptación de las antiguas clases y de los oficios a una situación nueva. Así se han creado promociones y se han aumentado las formas de ascenso social. Esta adaptación altera el criterio de los valores sociales y crea espacios para los realizadores de actividades nuevas. De este modo la primera Revolución industrial, al dislocar las relaciones del Orden estamental que situaban en la cumbre de promoción primeramente a los hombres de la Iglesia y de la Milicia, y que después elevó el rango de los hombres de toga, creó, por imperativo del nuevo orden clasista, otras aristarquías: las de carácter técnico, invistiendo de nuevo prestigio social al médico, al ingeniero, al empresario; en suma, a los nuevos creadores de riqueza social.

Era, por lo demás, inevitable que el desarrollo del espíritu de inventiva, alterando el orden tradicional de las relaciones humanas, suscitara nuevos desequilibrios al acentuarse el orden de la concurrencia. Carlton Hayes ha mostrado cómo la concurrencia entre individuos se transformaba en concurrencia entre las Naciones, y así el nacionalismo, que en su orto sincronizó con el liberalismo, llegó a primar sobre éste. Son las tragedias que acompañan al progreso.

6. LOS "PASOS CORTOS" DEL PROGRESO COMO EJERCICIO DE PERFECTIBILIDAD EN MARCHA HACIA LOGROS DE FELICIDAD

El progreso aspira a realizarse sobre una línea general de desarrollo y en el conjunto de las direcciones, no obstante las contradicciones y dificultades aludidas en el curso de este trabajo. Se aplica a la satisfacción de las necesidades humanas, pero tiene la particularidad inevitable de crear necesidades nuevas. Incide en esta creación a medida que conserva, estimula y perfecciona las existentes, dotándolas de medios renovados para satisfacerlas. Según la ley del sisifismo, la satisfacción de las necesidades de orden inferior suscita la aparición de otras superiores. No sólo se acumulan las necesidades en orden cuantitativo, sino que éstas se elevan en grado de selectividad. El progreso es un anhelo que sólo se satisface con el esfuerzo en perpetua tensión, como muestra el mito de Sísifo. Pero es el valor cualitativo o la facultad que posee el progreso para crear o satisfacer necesidades lo que redime el esfuerzo de la monotonía inherente a la repetición y lo que multiplica las formas de existencia.

Semejante dimensión en el crecimiento impone cautelas. Los riesgos se producen en los extremos: en el orden económico no sólo la escasez, sino también la abundancia en forma de superproducción ocasional o mal situada en los mercados altera el equilibrio, y es sintomático que a veces haya que contener el desarrollo y que los economistas lleguen a propugnar el crecimiento cero. Las contradicciones económicas están a la vista en las perspectivas del desarrollo. Se acusan oscilaciones de la balanza en la que se sitúan juntamente la inflación y el paro, la producción y el consumo, los estímulos que conducen hacia la hipertrofia caracterizada por el "consumismo" y la contención del consumo bajo el imperativo de la necesidad de

“apretarse el cinturón”... Son muestras triviales de la cotidiana presencia de las contradicciones.

Debatiéndose en medio de tales contradicciones económicas, adquiere singular relieve y pareja problemática la determinación de dos dificultades: la que afecta al orden de la producción y la referente al orden distributivo. La producción como fuerza autónoma tiende a la creación indefinida de bienes; dejada a su arbitrio crearía una abundancia indiscriminada. El orden distributivo actúa o debe actuar como regulador del movimiento productivo y aplica al crecimiento la adaptación a situaciones individualizadas. El módulo o patrón es el hombre individual, en efecto. La riqueza per cápita es una medición estadística y abstracta, útil como cálculo en el conjunto de la macroeconomía, pero la efectividad distributiva ha de ser inseparable del orden personal concreto. Se estimula desde esta base la realización de un programa mínimo en lo que atañe a la economía humana y, congruentemente, es la dotación del *mínimum económico* concretado en cada persona lo que se aspira a lograr circunscribiéndolo a la satisfacción de las necesidades primarias y aspirándose, partiendo de la satisfacción de ellas, a trazar los programas que atenúen el rigor de los contrastes.

Lo expresado acerca del “*mínimum económico*” ha de ser completado con la consideración de que este concepto es expansivo a impulso del dinamismo de las necesidades y del efecto multiplicador de éstas. La tendencia psicológica del ansia de goces es uno de los resortes del progreso, y el espíritu de emulación que degenera en rivalidad crea con la misma satisfacción de necesidades nuevos niveles de exigencia.

Invita todo ello a considerar que los factores de producción y los distributivos exigen un tratamiento conjunto porque son interdependientes y no hay entre ellos estrictamente un “prior” y un “posterior”, sino una influencia recíproca. Esta “interdependencia” está llena de sentido y no se confina en el juego de una actividad mecánica, sino que constituye o debe constituir —ha dicho *Siguán Soler*— la justificación última de todo plan de desarrollo. (*Conferencia en la apertura del Curso 1966-67 de la Escuela Nacional de Administración Pública.*)

Todas estas reflexiones se explayan sobre un panorama que ofrece varios puntos de vista. Desde cada uno de ellos se avizoran direc-

ciones y sendas por los que cabe transitar. El progreso, cuya última justificación radica en fines sociales, ha de cumplirse inexorablemente imbuyendo en éstos un sentido moral que sature la cooperación y la solidaridad.

No cabe prescindir de la humildad cuando se consideran las relatividades y limitaciones del progreso y los resultados ambivalentes de sus varios aspectos. ¿Cómo encaminar el paso en la marcha hacia las metas sociales? ¿Quiénes son los agentes y cuáles los destinatarios del progreso social? A la primera cuestión, la humildad emparejada con otra virtud, la paciencia, permite destacar como movimiento habitual, no único, la eficacia de los “pasos cortos” como más acoplados a las realizaciones del hombre concreto, el consabido hombre de carne y hueso, el único a quien se ve caminar sobre la tierra firme y que no aspira a establecerse en paraísos terrenales, tan inéditos como utópicos. Lo más deleznable que existe en el espíritu revolucionario es la instrumentación del hombre concreto puesto al servicio de una supuesta plenitud que ha de ser alcanzada al final de la lucha devoradora de una serie de generaciones. No se sabe cuál de éstas se situará en el paraíso terrenal. Esta será la única beneficiaria de la felicidad prometida a lo largo de un proceso que parecería interminable.

El conflicto, más allá del contraste, es resultado de la abstracción revolucionaria que masifica al hombre en el espacio y a las generaciones en el tiempo. Observación que hace años exponíamos así al oponer los conceptos de revolución y de reforma: “Como no hay nada tan individual como el sufrimiento y el goce, el hecho de que un capitalista amase su fortuna con el sudor de sus obreros no resulta más inmoral que sacrificar generaciones enteras para que recoja el fruto la que protagonice el acto último de la revolución social. Siempre acontecerá que, abarcado el ciclo histórico, existen *privilegiados y oprimidos* en virtud de un sino siniestro. Mas el hombre no pasa dos veces por la tierra, y cada hombre es portador de una reivindicación que hay que atender. Como sobre la Historia no se salta y como todo hombre, en cualquier circunstancia en que se encuentre, es un fin y posee una dignidad, es necesario injertar juntamente en cada vida humana elementos de resignación que le ayuden a soportar su suerte en lo que tenga de insuperable y elementos de mejora que, en el margen de lo superable, favorezcan el desenvolvimiento. Y como, a la vez, la felicidad no se vincula en la vida temporal a ninguna

realización absoluta, pues no consiste en otra cosa que en la percepción de una diferencia en el grado del mejoramiento, sólo combinando la resignación con el progreso prospera el mundo de las relaciones y aletea en el alma del hombre la alegría del vivir (*El conflicto entre el comunismo y la reforma social*, Madrid, 1928).

El método revolucionario, además, ha institucionalizado un concepto generador de una tensión constante: la Revolución permanente. Esta constituye la absorción de los tres ingredientes que Kerr, en colaboración con otros estudiosos, ha enunciado como carácter de los móviles del trabajo en la Sociedad comunista, a saber, “los incentivos monetarios, la devoción a un credo revolucionario y la compulsión del terror” (*El industrialismo y el hombre industrial*, Buenos Aires, 1963). La Revolución permanente es tributaria del hecho de que las metas columbradas o anheladas se alejan en la misma medida en que se prolonga el período de “dictadura del proletariado”, imaginada como transitoria, y he aquí la contradicción interna del método: el desarrollo permanente de la acción revolucionaria exige la creación de una inversa situación paralizadora: el terror de los que van a ser redimidos...

Si el orden total del progreso humano, con sus logros y sus permanentes decepciones, fuera susceptible de una determinación sintética, habría que vincularla al continuo ejercicio de la facultad que caracteriza a la especie humana como dotada de un impulso de superación que radica en su condición perfectible. Tal es el resorte de una actividad que nunca se extingue en las realizaciones y que nunca llega ni puede llegar a la plenitud de la perfección.

La creencia en la posibilidad de alcanzar logros perfectos y totalitarios estimula la acción revolucionaria encaminada hacia el paraíso artificial situado más allá del logro posible y dota al progreso de un carácter abstracto e ilusorio. Pero ya se ha advertido que el desarrollo se asocia a límites dotados de elasticidad, como la misma iniciativa humana que los produce, y más que como barrera actúan como regulación.

En la vida social, la pluralidad de los fines se equipa con la multiplicidad de los medios elegidos para el cumplimiento de aquéllos. En la elección de estos últimos es donde se ejercita principalmente la libertad. Lo cual se explica considerando que la libertad es el ejercicio de una facultad selectiva en la medida en que se siente

responsable para realizar valores. Si se trata, por ejemplo, de la justicia en el orden económico, los tanteos y las vacilaciones se darán en la selección de los medios más idóneos para realizarla. Las discrepancias afectarán a los medios, aunque pueda ser común el fin. Todos los hombres y todas las organizaciones de opinión se darán fácilmente cita para propugnar, *verbi gratia*, la lucha contra la pobreza, cuya erradicación postula un orden justo. Los logros y los modos de alcanzarlos despliegan el abanico de sistemas que llenan el espacio existente entre el individualismo y el colectivismo. En el orden político, la finalidad del gobierno como servicio a los gobernados constituye finalidad inconclusa que caracteriza tanto al “buen tirano” como al gobierno democrático. En este aspecto no se trata aquí de propugnar la legitimidad de cualquier forma de poder, sino que se pretende conducir el concepto hacia el campo en que los fines y los medios se acomodan en una relación de coherencia constructiva.

* * *

En la base y en el ápice de esta temática subyace y culmina, respectivamente, el viejo concepto de “*bonum commune*” que articula, en la esfera de las necesidades, la exigencia y el equilibrio. Uno y otro lo requieren tanto la conservación como el desarrollo determinados por la perfectividad de la especie “*homo sapiens*”. En la Academia tuve no hace mucho tiempo, al intervenir en un coloquio, ocasión de referirme a la triada con la que Balmes especificaba, con fecunda sencillez, las dimensiones del progreso en la vida social, siempre bajo el imperativo del bien común. Tiene, en efecto, la enunciación de esas dimensiones la sencillez que es resultado del buen sentido, gracias a cuya presencia cabe condensar en fórmulas una gran porción de la experiencia histórica. El forcejeo milenar entre el personalismo y el transpersonalismo (sirviéndonos del dístico de Radbruch) se contrasta o se mitiga en el expresado concepto que encauza el pensamiento balmesiano hacia metas de progreso social cifrado en que éste extienda sobre el mayor número de hombres la mayor moralidad posible, la mayor cultura posible y el mayor bienestar posible. A este concepto cuantitativo de los beneficios habría que añadir (y éste es otro elemento de la operatividad del “*bonum commune*”) el fondo no repartible que en varios aspectos constituye las reservas como ahorro que garantiza la marcha social, a semejanza del que en el horizonte económico constituyen, en beneficio de la continuidad y de la previsión, el desarrollo de los negocios.